



15 al 30 de septiembre de 2015

¿QUÉ ES SER ESTUDIANTE EN LÍNEA?

ALGUNOS PUNTOS DE PARTIDA PARA EL ESTUDIO DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD DE LOS ESTUDIANTES DEL BACHILLERATO EN LÍNEA

Trabajos de maestrandos y doctorandos relacionados con
educación, tecnologías y virtualidad

Preza Carreño Nohemí

Universidad Nacional Autónoma de México

México

huetzcani@gmail.com

Resumen

En esta ponencia esbozamos algunos puntos de partida para estudiar la construcción de la identidad de los estudiantes que cursan el bachillerato en línea, los cuales permiten explorar los cambios identitarios experimentados por estos últimos al pasar de la educación presencial a la virtual. Para ello, sostendremos que la identidad no es una sustancia sino que se construye y reconstruye en el marco de una cultura y un espacio y tiempo específicos; y dado que estas dos



15 al 30 de septiembre de 2015

dimensiones la constriñen, al haber modificaciones en ellas también las habrá en los significados y prácticas sociales que conforman la identidad.

De aquí que en el ciberespacio la construcción de la identidad adquiera matices distintos a los que tiene fuera de él y los sujetos experimenten modificaciones en ella. Dado que la educación virtual tiene lugar en el ciberespacio, afirmamos que el tiempo y espacio adquieren características significativamente distintas a las que tienen en la educación presencial; esto implica cambios en la identidad de los estudiantes puesto que los enfrenta a la generación de significados y prácticas sociales diferentes a aquellos en los que fueron socializados dentro de la educación presencial.

Palabras clave: Identidad, estudiantes, bachillerato, bachillerato en línea, educación virtual, educación en línea

Introducción

El estudio de la construcción identitaria ha tomado mayor fuerza de los años 90 a la fecha, aunque en lo que refiere a los estudiantes se ha registrado un creciente número de investigaciones entre el 2002 y 2011. (Guzmán, 2013) Sin embargo, la mayoría se centran en los estudiantes de educación superior de la modalidad presencial. En cuanto a las investigaciones sobre educación virtual, puede observarse que igualmente la mayoría se vincula con experiencias de educación superior en entornos virtuales de aprendizaje y muestra más una tendencia al análisis de casos específicos o aplicaciones que a la discusión teórico-pedagógica acerca de la modalidad. (Edel y Navarro, 2015)

No obstante, existen algunos artículos que discuten las implicaciones para los estudiantes que optan por la modalidad virtual, las cuales se centran generalmente en el cambio de hábitos de estudio, la asunción de nuevos roles, la generación de nuevas representaciones sociales y las modificaciones en el aspecto cognitivo. Desde nuestro punto de vista, el tránsito de los estudiantes de la educación presencial a la virtual tiene primordialmente implicaciones culturales-pedagógicas, por lo que no sólo genera la adopción de un nuevo rol como estudiante o el cambio de hábitos y estrategias de estudio, sino un proceso de reconstrucción identitaria.



15 al 30 de septiembre de 2015

A continuación presentamos parte de la discusión teórica que enmarca la investigación que llevamos a cabo en el Doctorado de Pedagogía y algunos puntos de partida que nos permitirán aproximarnos al estudio de la construcción de la identidad de los estudiantes del bachillerato en línea. En nuestra experiencia, la mayoría de éstos no cuentan con estudios previos en la modalidad virtual, por lo que en ellos puede observarse con más claridad los cambios identitarios generados por el tránsito de la presencialidad a la virtualidad.

1. ¿Qué es la identidad?

La pregunta por la identidad ha ido adquiriendo mayor importancia con el paso del tiempo debido a que refiere no sólo a la forma de mirarse a sí mismo, sino también al lugar que los sujetos tienen en la sociedad y a la realización de las prácticas sociales que le son propias. De aquí que conforme las estructuras sociales se han vuelto menos fijas –en el tránsito de las sociedades premodernas a las posmodernas-, el cuestionamiento sobre “¿quién soy?” toma más fuerza y urge construir posibles respuestas. Actualmente, los estudios sobre la construcción son relevantes, debido al cambio constante de nuestra sociedad y la incertidumbre que aqueja a los responsables de construir la identidad: los individuos. (Coll y Falsafi, 2008)

Para poder estudiar la construcción de identidad es necesario considerar primeramente ¿qué es la cultura? De acuerdo a Geertz (2003) la cultura es un concepto semiótico, ya que se define como a “[...]la urdimbre de significaciones atendiendo a las cuales los seres humanos interpretan su experiencia y orientan su acción.” Dicha urdimbre es generada por los sujetos, los cuales se encuentran dentro de tramas de significación tejidas por ellos mismos. Éstas conforman sistemas de interacción de signos interpretables que en conjunto son el contexto en el que tienen lugar los acontecimientos y procesos sociales, las relaciones y conductas de los individuos.

De aquí que el autor considere a la cultura como un esquema de significaciones históricamente representadas en símbolos, es decir, expresiones de objetos, sucesos, etc. que se caracterizan por ser oblicuas y figuradas, dado que no puede concretarse de manera directa o literal. Este esquema es históricamente transmitido, por lo que se convierte en un sistema de “[...]concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida.” (Geertz, 2003)

Por esta razón puede afirmarse que los esquemas culturales son los que dan sentido y orden a la realidad social e individual, de modo que la vida cotidiana se basa en ellos. Estos esquemas se caracterizan por una parte, por no ser



15 al 30 de septiembre de 2015

inmutables ya que su historicidad les da movilidad en el tiempo y el espacio; y por otra, no son generalizables a todos los seres humanos, pues cada grupo social construye los propios y los enseña a sus miembros para reproducirlos y producirlos. De este modo, los sujetos se convierten en herederos de una especie de memoria sobre ciertos símbolos y códigos de comportamiento, así como las formas de ponerlos en juego en diferentes situaciones. (Borsani, 2008),

Cabe señalar que la reproducción no debe entenderse como un acto mecánico consistente en adoptar esquemas culturales con el fin de perpetuar la cultura, sino en apropiarse de éstos e implica la posibilidad de ponerlos en juego de múltiples formas y crear nuevos elementos culturales que formen parte de ellos. Así mismo, la cultura no se caracteriza por ser estática sino dinámica, pues sus miembros la van modificando y con ello cambian los significados que la conforman.

Ahora bien, la cultura y la identidad están tan estrechamente relacionadas que son indisolubles, pues como señala Giménez (2009a), la identidad es el lado subjetivo de la cultura ya que consiste en la apropiación distintiva de sus elementos o en términos de Geertz, de los esquemas culturales que ordenan y dan sentido al entorno social de los sujetos. Al tener este vínculo con la cultura, caracterizada por su dinamismo, la identidad adquiere este mismo revestimiento y puede considerarse que se encuentra en un constante proceso de construcción.

Sin embargo, no todas las posturas coinciden en ello, pues un grupo de ellas concibe la identidad como esencia y otro la considera como una construcción. Según Giménez (2009), desde la postura esencialista la identidad puede entenderse como “[...]un conjunto de propiedades y atributos específicos y estables, considerados como constitutivos de entidades que se mantienen constantes y sin mayores variaciones a través del tiempo”. Esta concepción ha sido cuestionada, pues el carácter inamovible que subyace a ella, se contrapone a la vida cambiante de los sujetos así como a la perspectiva más dinámica de la cultura.

Frente a esta postura esencialista, Giménez (2002) define a la identidad como el “[...] conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores y símbolos) a través de los cuales los actores sociales (individuales o colectivos) demarcan sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación determinada, todo ello dentro de un espacio históricamente específico y socialmente estructurado.” En esta definición se considera a la identidad como un proceso dinámico e inacabado al situarla en un espacio histórico y la vincula estrechamente con la cultura.

En esta misma línea, Aguado y Portal (1992) explican que “[...] la identidad es un proceso de identificaciones históricamente apropiadas que le confieren sentido a



15 al 30 de septiembre de 2015

un grupo social y le dan estructura significativa para asumirse como unidad.” La identificación es resultado de la acción de dos procesos: 1) reconocimiento de un sujeto como idéntico o similar a otro, cuyo movimiento de significación va de adentro hacia afuera; y 2) reconocimiento de los otros hacia un sujeto confiriéndole determinada cualidad, cuyo movimiento de significado va de afuera hacia adentro. Dichas identificaciones se articulan entre sí y se mueven a través de lo que los autores llaman niveles de identidad, por ejemplo la identificación estudiante se entrecruza con otras en el nivel de género, estrato social, generación, etc., por lo que nunca se encuentran aisladas y pueden ser más o menos relevantes dependiendo del contexto o la situación del sujeto.

De esta manera, los autores reconocen el carácter dinámico de la identidad, acotan y dan forma a la apropiación de la cultura al introducir la noción de identificaciones, pues ya no sólo es un conjunto de repertorios culturales interiorizados sino que éstas les confieren estructura y orden. Por otro lado, la definición en sí misma tiene implícita la doble fuente de significados y de reconocimiento que es de sí mismo y de los otros, además plantea la existencia de una identidad que articula las identificaciones, frente a quienes sostienen que la identidad no es una sino que existen múltiples en un mismo sujeto.

Tal es el caso de Restrepo (2010), quien afirma que no es adecuado hablar de una identidad sino de identidades múltiples que se amalgaman en un individuo o grupo social, por ejemplo la identidad del sujeto respecto a la nación, otra relacionada con su género, etc. Esta concepción resulta muy semejante a los pensadores posmodernos que plantean que la cultura está fragmentada a causa de la multiplicidad de opciones que aportan los nuevos estilos de vida y la falta de puntos fijos de partida y llegada que permitan dar estabilidad y unicidad a la identidad. (Sánchez, 2013) Sin afán de ahondar en la discusión sobre esta postura, resulta necesario señalar que de aceptar que existe esta multiplicidad de identidades sin articulación entre sí, no podría comprenderse del todo cómo un sujeto se reconoce a sí mismo en diferentes situaciones y momentos, ya que constantemente se vería de manera fragmentada.

Por ello, ni la postura de la identidad como esencia ni la de las identidades múltiples brindan elementos que permitan analizar la identidad desde una mirada comprensiva que explique su dinamismo, pero al mismo tiempo los movimientos y articulaciones que se dan interna y externamente. Tomando entonces como punto de partida los planteamientos tanto de Giménez como de Aguado y Portal, puede señalarse que para efectos del presente trabajo, la identidad es un conjunto articulado de identificaciones históricamente apropiadas que brinda sentido a los sujetos o grupos sociales para asumirse como unidad y al mismo tiempo distinguirse de otros.



15 al 30 de septiembre de 2015

Así, la identidad no es una esencia sino una construcción cultural y social en tiempos y espacios específicos, es relacional y tiene una dinámica propia que oscila entre la permanencia y el cambio. Sin embargo, no basta decir que la identidad es un proceso de construcción sino explicar en qué consiste éste.

2. El proceso de construcción identitaria

La identidad puede referir tanto a los grupos sociales como a los individuos pero en este caso nos ocuparemos únicamente la identidad individual.

Según Giménez (2010) la identidad individual es el proceso por el que los sujetos definen sus diferencias con respecto a otros mediante la apropiación y auto-asignación de un repertorio de atributos culturales. Ésta no se construye de manera aislada sino que se nutre de la cultura a través de los grupos de pertenencia –familia, amigos, red profesional, etc-, los cuales incluyen al individuo a través de la asunción de algún rol, pero sobre todo mediante la apropiación individual de los esquemas culturales de éstos. A partir de ello, la identidad permite diferenciar al individuo de los otros, definir sus propios límites y articular los significados dándoles un sentido propio dentro de la cultura de la que forman parte.

Cada cultura integra a sus miembros mediante la enseñanza de los significados y códigos que la conforman, a través de la educación familiar y escolar así como mediante las relaciones sociales en las que se observan y ejercitan estas prácticas. De este modo, los sujetos son socializados y aprenden a mirar el mundo y a conducirse en él a partir de los esquemas culturales que le ofrece su entorno social. De aquí que pueda señalarse que la cultura constriñe –mas no determina la identidad del sujeto, pues la enmarca en un abanico de posibilidades que se presenta a los individuos según su edad, sexo, grupo étnico y nacionalidad.

Según Aguado y Portal (1991) dentro de dicho abanico existen extremos de identificación a los que llaman contrapuntos, y entre éstos pueden encontrarse puntos intermedios en los que se ubica la mayoría de los sujetos. Para ejemplificar este planteamiento, puede tomarse el caso que plantean los autores:

“[...]para una mujer mexicana de clase media, intelectual y joven los extremos de posibilidad en el plano ocupacional podrían ubicarse actualmente entre el de ser “ama de casa” con dedicación exclusiva a sus hijos y a su marido y el de ser una profesionista de tiempo completo sin hijos ni marido. La mayoría de las mujeres de este sector social se agrupan en algún punto de este abanico.

Las identificaciones construidas son distintas, se articulan en la identidad de los sujetos, se mueven en los diferentes niveles identitarios y se manifiestan a través



15 al 30 de septiembre de 2015

de prácticas sociales concretas, las cuales se entienden como conjuntos de acciones relacionadas entre sí que tienen un significado social y se llevan a cabo en todos los espacios socialmente estructurados y en tiempos específicos. De acuerdo a Hernando (2002) el tiempo y el espacio más que magnitudes físicas, son dos mecanismos básicos de ordenación y selección de la experiencia humana, los cuales no son naturales sino contruidos, estructurados y significados por los grupos sociales. Por ello, el tiempo y el espacio no tienen un significado en sí mismos ni explican por sí solos las relaciones sociales existentes dentro de ellos, se requiere analizar la estructura y el orden dado por cada cultura para entender tanto los significados como las prácticas sociales que tienen lugar dentro de ellos.

De aquí que Aguado y Portal (1991) sostengan que ambos deben entenderse como culturales es decir, conformados por significados que recrean prácticas sociales significativas. En congruencia, definen el espacio como una red de vínculos de significación que se establece tanto con las personas como con las cosas al interior de los grupos. Esto implica que el espacio no es un lugar físico sino una red de relaciones entre personas (proxémicas) y de personas con objetos (cósicas), la cual se encuentra en el ámbito de significación cultural de un grupo social. Ciertamente, el espacio puede traducirse en espacios arquitectónicos – escuelas, hospitales, casas habitación- contruidos con propósitos específicos y dentro de los cuales pueden identificarse significados y prácticas sociales determinadas por la cultura para tener lugar en ellos, sin embargo, el espacio no se limita a éstos.

El tiempo por su parte, es definido por los autores como el movimiento de esa red de vínculos, con ritmo, duración y frecuencia, ésta es establecida por la cultura. Así, el tiempo es el movimiento de la significación de relaciones que conforman el espacio. Por lo tanto, espacio y tiempo son dos dimensiones inseparables, especialmente si se considera que los significados y las prácticas sociales siempre tienen lugar en el espacio y se encuentran en constante movimiento.

Dado que todas las acciones humanas tienen lugar en estas dos dimensiones ordenadas y estructuradas tanto cultural como socialmente, la cultura enseña a sus miembros el uso del tiempo y el espacio. De este modo, los sujetos identifican las prácticas sociales que corresponden a los espacios y tiempos que su cultura ofrece y los significan de acuerdo a ello, esto permite regular desde sus ciclos biológicos hasta sus deseos más íntimos. Por ejemplo, los sujetos aprenden que existen lugares y tiempos específicos para comer, dormir, defecar, etc. y se autorregulan de acuerdo a dicho aprendizaje.

A partir de esta socialización en el uso del tiempo y espacio, la cultura incorpora a sus miembros y les brinda junto con el abanico de posibilidades de



15 al 30 de septiembre de 2015

identificaciones, un referente para la construcción de la identidad. Comprender esto permite por un lado, contextualizar esta última en el marco cultural y tiempo-espacio donde se construye y por el otro, entender parcialmente su dinamismo puesto que se encuentra dado por el carácter cambiante de estas dos dimensiones. Sin embargo, aún falta explicar lo que hace a la identidad experimentar un movimiento constante.

Según Aguado y Portal (1991) la identidad agrupa básicamente dos tipos de experiencias: 1) el relativo a la conservación o reproducción (que garantiza su permanencia); y 2) el referente a la diferenciación (identificación). Ambos son fundamentales en la construcción de la identidad, puesto que permiten que ésta pueda ser reconocida por los otros a través del tiempo-espacio pero al mismo tiempo no quede estática. Esto podría llevar a afirmar que existe un núcleo duro de la identidad que perdura y una especie de cubierta que cambia sin afectar sustancialmente a dicho núcleo, lo cual es muy cercano a la postura esencialista debido a que supone la existencia de una esencia que hace al sujeto ser sí mismo a través del tiempo-espacio. Dicha afirmación no se sostiene principalmente por dos razones; a) presupone que la identidad está dividida en un núcleo duro y otra parte cambiante, cuya relación con el primero no es clara, dado que las modificaciones en la segunda no afectan a la primera; y b) si hay una parte de la identidad que cambia y otra que no, la primera no tendría funcionalidad alguna si para interactuar y perpetuarse el sujeto sólo requiere un núcleo que no cambie.

Estos dos tipos de experiencias –permanencia y cambio- pueden explicarse si se considera junto con Ricoeur (2006) que la identidad se construye y reconstruye constantemente gracias a los dos sentidos que tiene: 1) ídem, que refiere a la mismidad de la identidad y 2) ipse, que refiere a las modificaciones que sufre la identidad de modo tal que el sujeto se reconoce como otro, al ver su propia alteridad. Ambas se encuentran en una relación dialéctica de desconocimiento y reconocimiento de sí, generando estos dos movimientos que construyen la identidad.

La ipseidad generalmente está cubierta por la mismidad, dado que mientras la primera representa cambios fuertes en la identidad que hacen que el sujeto incluso se desconozca a sí mismo, la segunda experimenta pequeños cambios que pueden ser casi imperceptibles por los mismos individuos y por quienes se encuentran a su alrededor, de modo que ésta se percibe como permanente aunque en realidad no lo sea. Así, la ídem o mismidad se asocia con la permanencia en el espacio y tiempo –no implica inmovilidad- que satisface la necesidad de los sujetos de reconocerse a sí mismos y de ser reconocidos por los otros de la manera en que se han presentado desde el inicio de la relación, aunque observen pequeños cambios, pues en esa medida tienen la oportunidad



15 al 30 de septiembre de 2015

de saber cómo relacionarse entre sí sin tenerlo que averiguar cada vez que haya un nuevo encuentro o una nueva situación. Mientras tanto, ídem o alteridad se relaciona con los momentos en que hay un cambio tal en la identidad que el sujeto parece estar frente a otro distinto y también quienes lo rodean.

De este modo, podemos decir que el proceso de construcción de identidad parte de la apropiación que realiza el sujeto de los significados de su cultura y se encarna en el abanico de posibilidades de identificaciones que ésta le brinda. Todo esto se lleva a cabo en un espacio y tiempo específicos, ordenados y significados que se concretan en prácticas sociales, las cuales son aprendidas por los individuos y son ejecutadas de acuerdo al uso de los tiempos y espacios que su cultura les enseñó. Con estos elementos, los sujetos construyen y reconstruyen sus identificaciones –que conforman su identidad- a partir del movimiento generado por la relación dialéctica entre los dos sentidos de la identidad, ídem (mismidad) e ipse (alteridad).

3. La identidad en el ciberespacio

Hasta ahora, hemos discutido de manera general sobre el concepto de identidad y la forma en que se construye la identidad individual, sin llevarlo a un espacio y tiempo específico como el ciberespacio.

La aparición de las TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación) y especialmente del Internet, generaron dos fenómenos significativos y vinculados entre sí: 1) un cambio en la concepción, caracterización y uso del espacio y el tiempo y 2) la construcción de la cibercultura y el ciberespacio, los cuales enmarcan un conjunto de significados y prácticas sociales propios de éstos. Siguiendo a Lèvy (1999) ambos pueden explicarse por la tendencia humana a variar los espacios y temporalidades a través del uso de la técnica -por ejemplo con el uso del ferrocarril, los aviones, el teléfono, etc.-, lo cual añadió nuevos espacios y tiempos a los ya existentes, con sus propias características y ritmos. Por otro lado, gracias al Internet, las comunicaciones y el intercambio de información se hicieron prácticamente instantáneas y se generaron espacios de interacción y reproducción cultural no conocidos anteriormente.

En las entrañas del Internet se creó la cibercultura, es decir, una “[...]estructura informacional que corresponde a una configuración o trama de significaciones compartidas en un tiempo y espacio dados[...].” (Martínez, 2006) Concebida así, es posible afirmar que es una fuente para la construcción de la identidad pero con la diferencia de tener un soporte tecnológico y estar referida a una infraestructura tecnológica. En ese sentido, Lèvy (1997) plantea que la cibercultura es el conjunto de técnicas, prácticas, actitudes, modos de pensamiento y valores que se desarrollan a la par del crecimiento del ciberespacio.



15 al 30 de septiembre de 2015

La cibercultura refiere entonces a la trama de significaciones y prácticas sociales que tienen lugar en el tiempo y el espacio cuyo soporte es tecnológico, para dar sentido y conectar a quienes participan de ella. Siguiendo la lógica de la manera en que se relacionan la cultura y el espacio, podemos señalar que el espacio ordenado por la cibercultura es el ciberespacio, el cual se entiende como el emergente tejido social que descansa en las redes (Merejo, 2009) Esto se debe a que si conceptualizamos el espacio como una red de relaciones próximas y cósmicas, el ciberespacio en efecto podrá referirse a este tejido social que se va conformando a través de los significados, las relaciones y las prácticas sociales que alberga.

En el ciberespacio, el tiempo también presenta características inimaginadas anteriormente, las cuales no sólo refieren a la aceleración e instantaneidad para el intercambio de la información, sino también a la posibilidad de llevar a cabo distintas prácticas sociales de manera sincrónica o asincrónica e incluso simultánea. Así, los ritmos con los que se mueven los significados dentro del ciberespacio se aprecian como inéditos con respecto a los que existen fuera de él.

De esta manera, el ciberespacio abre nuevas posibilidades que serían difíciles de considerar sin su presencia, una de las más importantes es la apertura de nuevos modos de existencia los cuales según Lèvy (1997), son:

- Comunicación interactiva y comunitaria de todos con todos en el seno de espacios informacionales colectiva y continuamente reconstruidos.
- Negociaciones de significados, de procesos de reconocimiento mutuo de los individuos y de los grupos vía la actividad de comunicación.
- Integración a comunidades virtuales independientemente de las barreras físicas y geográficas.
- Nuevos modos de conocimiento, aprendizaje y pensamiento mediante simulaciones, navegaciones transversales y espacios de información abiertos.

Probablemente entre todas estas posibilidades, una de las más importantes sea la de interactuar con otros sin que esté presente la corporeidad, ya que da lugar a la creación de nuevos significados sobre las relaciones humanas y de distintas formas de comunicación. Esto se debe principalmente a tres factores: a) los sujetos no siempre tienen encuentros cara a cara ni están obligados a interactuar en la simultaneidad temporal; b) la mayor parte de la comunicación es escrita, por lo que se requiere habilidad para expresarse de este modo y para generar nuevos códigos que permitan hacerlo ágil y claramente; y c) existen múltiples medios para comunicarse: e-mail, foros, chat, redes sociales, etc., cada uno tiene su particularidad para entablar comunicación a través de ellos.



15 al 30 de septiembre de 2015

Así, las formas de comunicación se amplían y enriquecen en el ciberespacio y junto con las nuevas formas de interactuar en este tiempo y espacio con soporte tecnológico, se crea un nuevo contexto en el que se construye comunidades virtuales. El término comunidad virtual fue acuñado por Rheingold. (Moreno y Suárez, 2008) para referirse a “[...] agregaciones sociales que emergen de la red cuando un número suficiente de personas entablan discusiones públicas durante un tiempo lo suficientemente largo, con suficiente sentimiento humano, para formar redes de relaciones personales en el ciberespacio”. Esta comunidad es un espacio de identificación de sentimientos y de comunicación, en el cual los miembros socializan y desarrollan lazos afectivos a pesar de no tener proximidad física.

Según Veytia (2012) las comunidades virtuales se clasifican en tres tipos: de interés, de práctica y de aprendizaje. Las primeras son grupos que comparten intereses e información para comprender mejor un tema; las segundas están conformadas por profesionales que buscan resolver problemas de su campo; y las terceras son integradas por estudiantes cuyo objetivo es construir conocimientos de manera colaborativa. Estas comunidades ofrecen significados y esquemas culturales específicos y pueden convertirse en grupos de pertenencia para sus miembros.

Considerando todo lo anterior, podemos afirmar que el ciberespacio se presenta actualmente como un escenario más en el que los sujetos interactúan y al mismo tiempo reproducen y producen significados, por lo que la identidad se construye y reconstruye. Sin embargo, este proceso adquiere sus propias particularidades debido a los cambios en el tiempo, así como al hecho de estar en varios lugares y con diferentes personas al mismo tiempo.

Al entrar al ciberespacio, los sujetos no adquieren una identidad nueva, o radicalmente distinta a la construida fuera de él sino que se modifica de acuerdo a los esquemas culturales ofrecidos dentro de éste para darle sentido a su actuar. (Sánchez, 2013) No obstante, los individuos pueden experimentar con mayor frecuencia la dimensión ipse de su identidad, debido a la generación de nuevos significados y prácticas sociales para interactuar con los otros y mirarse a sí mismos. También, a causa de la posibilidad de presentarse físicamente de una manera distinta a la que son fuera de éste, y de exaltar o poner en juego las identificaciones propias y los niveles en los que se mueven de acuerdo a la forma en que desean ser reconocidos por los demás. Así, en el ciberespacio el proceso de construcción identitaria se matiza y complejiza.

4. La identidad estudiantil en la educación virtual: puntos de partida



15 al 30 de septiembre de 2015

Después de discutir y analizar qué es la identidad así como la forma en que se construye y los cambios que traen para ésta tanto la cibercultura como el ciberespacio, podemos plantear algunas posibilidades para estudiar la construcción y reconstrucción identitaria de los estudiantes en línea, particularmente de los del bachillerato.

La construcción de la identidad en las comunidades de aprendizaje abre un espacio de reflexión y replanteamiento para la Pedagogía, pues dentro de ellas se generan nuevas formas comunicativas y sociales asociadas a la virtualidad que modifican y complejizan el proceso de enseñanza-aprendizaje, los roles de estudiantes y profesores, así como las interacciones entre docentes-estudiantes y estudiantes-estudiantes. (Rodríguez, 2007)

De acuerdo a Adell y Sales (s/f) con el nacimiento de los primeros sistemas de comunicación mediada por computadoras algunos pedagogos propusieron potenciarla y establecer la educación en línea, la cual combinaba elementos de la educación a distancia y presencial. Particularmente, incorporó la mayoría de las características de la primera como la flexibilidad y el fomento de la autonomía del estudiante, pero pudo complementarse con elementos como una mayor interactividad de los estudiantes con los docentes y con sus pares. (Peñaloso, 2010) De este modo, las interacciones entre profesores y estudiantes se verían enriquecidas con el uso de la tecnología, y la educación a distancia adoptaría un carácter más flexible y personalizado, lo cual permitiría implementar estrategias didácticas novedosas.

De aquí que la educación en línea o virtual sea definida por Segura (2010) como un “[...] tipo de educación a distancia cuya característica principal es que las interacciones entre profesores, estudiantes y materiales se presentan en espacios virtuales mediante redes de comunicación, fundamentalmente Internet.” Los espacios propios de la educación en línea pueden ser llamados “aulas virtuales” que son entornos donde se llevan a cabo los procesos de enseñanza-aprendizaje, interactúan profesores y estudiantes –así como otros actores incluidos- y se comunican.

En este contexto el concepto de aprendizaje se resignifica, pues los cambios sobre la visión del tiempo y espacio impulsan la idea del aprendizaje permanente, ya que en el ciberespacio el conocimiento está en constante renovación y construcción. (Gadotti, 2003) En consecuencia, la conceptualización y práctica de la enseñanza en entornos virtuales se modifica para convertirse en una acción sistemática consistente en plantear estrategias didácticas para impartir los contenidos y generar que los estudiantes sean autosuficientes y construyan conocimientos constantemente mediante el trabajo colaborativo.



15 al 30 de septiembre de 2015

Aunado al cambio en las concepciones de enseñanza y aprendizaje, la educación virtual exige la transformación del rol del docente y del estudiante. En cuanto al primero, cabe mencionar que se le nombra asesor o tutor recuperando el papel que tenía en la educación a distancia no virtual, a fin de desvincularlo de la figura del profesor que establece una relación horizontal con los estudiantes. Así, el asesor o tutor no solamente está encargado de orientar y dar seguimiento a los estudiantes para construir conocimientos colaborativamente, además de generar espacios de interacción y socialización. (Constantino, Braz da Silva y Ben, 2010)

Por su parte, los estudiantes de la educación en línea tienen características distintivas frente a las de aquellos que estudian en la educación presencial. La mayoría de éstos son jóvenes y adultos –aunque recientemente se han incluido adolescentes- con un gran bagaje de experiencias; su motivación se basa en la mejora de los roles sociales que desempeñan y sus objetivos formativos se centran en aspectos concretos de su desarrollo profesional o laboral. (Adell y Sales, s/f)

Muchos de ellos son inmigrantes digitales, es decir, individuos nacidos antes de los años 90 que tuvieron que aprender a utilizar principalmente el Internet y todos los recursos que ofrece; y cada vez con más frecuencia se integran los nativos digitales, los cuales utilizan las TIC desde la infancia y tienen un mayor dominio de ellas. Ambos grupos tienen en común que provienen de experiencias educativas presenciales en las que interactuaban cara a cara con compañeros y docentes, y generalmente el profesor era el centro del proceso de enseñanza-aprendizaje por lo que no ejercían del todo su autonomía. (Borges, 2007)

Desde nuestro punto de vista, si la identidad en general sufre cambios en el proceso de su construcción una vez que los sujetos entran al ciberespacio, la identificación *estudiante* puede resultar modificada casi por completo debido a que los significados y las prácticas sociales que la conforman se ven sacudidos al pasar de la educación presencial a la virtual. Esto ocurre no sólo por una valoración del sujeto sobre sus prácticas, sino sobre todo porque éstas ya no permiten ordenar y dar sentido a lo que sucede en los entornos virtuales.

Esta fuerte modificación de la identificación estudiante puede suceder principalmente por tres razones:

1. Las culturas occidentales enseñan a sus miembros, los tiempos y espacios destinados a la educación formal, en este caso se trata de un espacio arquitectónico llamado escuela con ciertas disposiciones físicas consideradas culturalmente como adecuadas para lograr el proceso de enseñanza-aprendizaje. Dentro de este espacio el tiempo designado para estudiar, descansar, hacer ejercicio, etc. es definido por la institución y generalmente lo comparten los



15 al 30 de septiembre de 2015

diferentes niveles educativos. Además se van construyendo espacios y tiempos para la convivencia informal –cantar, conversar, jugar, etc- con los compañeros y amigos. En torno a ello, los sujetos construyen su identificación de estudiante y llevan a cabo prácticas sociales relacionadas con ésta.

La educación en línea desaparece por completo el espacio arquitectónico escolar y modifica casi en su totalidad tanto el espacio como el tiempo escolar en el que fueron socializados los sujetos desde su infancia. Ofrece una plataforma a través de la cual los estudiantes pueden acceder a los materiales correspondientes al curso e interactuar tanto con el maestro como con los demás estudiantes. Además, se regulan algunos tiempos institucionalmente pero en general el individuo es responsable de organizar y dar sentido al tiempo basándose en lo que ya conoce pero reinventándolo para adaptarse al nuevo proceso educativo virtual.

2. En la educación presencial los estudiantes son distribuidos en grupos conformados por una gran diversidad de sujetos, los cuales se ven “obligados” a convivir diariamente en un mismo tiempo y espacio, aun cuando esto no implique la creación de vínculos cercanos entre ellos e incluso sientan desagrado unos por otros. Gracias a esta convivencia los sujetos pueden asumirse como parte del grupo y van apropiándose de esquemas culturales para la construcción de su identidad en general, y su identificación como estudiante en particular.

En la educación virtual también se asignan grupos a los estudiantes y en muchas ocasiones se promueve la convivencia entre ellos a partir de diversas actividades, no obstante, generalmente la convivencia es menos frecuente puesto que no se ven “obligados” a compartir los mismos espacios y tiempos, ya que casi siempre se da de manera asincrónica por lo que es posible que sólo tengan contacto con quienes sean afines y no tengan oportunidad de convivir con otros.

3. La relación del estudiante con el maestro en la educación presencial es cara a cara y este último -en general, aunque depende del modelo educativo institucional y del propio docente- está encargado de enseñar los contenidos a los estudiantes, por lo que tiende a ser expositivo y a orientar constantemente el aprendizaje. A partir de esta relación, los estudiantes interiorizan los significados y utilizan los códigos culturales que les permiten comunicarse con los docentes y asumen su posición frente a éstos.

En la educación virtual la figura del maestro se transforma -o al menos es lo que generalmente se espera- ya que no es él quien tiene que enseñar todo a los estudiantes, sólo les da seguimiento, resuelve dudas, motiva, etc. Por ello, los estudiantes requieren modificar la mirada sobre sí mismos y sobre el docente, para establecer una relación distinta con este último y otros actores que



15 al 30 de septiembre de 2015

intervienen –tutores, coordinadores, etc.-, consigo mismos como estudiante y con el conocimiento mismo.

En el caso de los estudiantes de bachillerato en línea consideramos relevante averiguar lo que ocurre con la construcción y reconstrucción de su identificación estudiante, pues en nuestra experiencia en el nivel y la modalidad, una gran cantidad de ellos ingresan sin experiencias educativas virtuales previas y tienen como referente inmediato la educación presencial. Éstos comienzan a cursar sus dos o tres años de bachillerato sin saber lo que implica y los cambios que requieren llevar a cabo no sólo en sus hábitos de estudio sino sobre todo en sus prácticas sociales. Además tanto ellos como los docentes, coordinadores e incluso diseñadores instruccionales tienen muchas expectativas sobre su comportamiento y desempeño sin contar con información suficiente sobre lo que ocurre con la identificación estudiantil al pasar de lo presencial a lo virtual.

Por esto, resulta imprescindible investigar sobre este cambio identitario en los estudiantes a partir de:

- a) Analizar los elementos culturales de la identificación estudiante que han tenido y tienen los alumnos del bachillerato en línea, con el fin de ubicar el abanico de posibilidades con el que cuentan para construir esta identificación. Puede iniciarse identificando los contrapuntos que los alumnos han construido sobre ser estudiante y posteriormente, el lugar en el que ellos se sitúan dentro de dicho abanico.
- b) Explorar los significados, los símbolos y las prácticas sociales asociados a la identificación estudiante referidos al bachillerato en línea, en contraste con los correspondientes a la educación presencial. Esto no sólo implicaría acudir a los estudiantes sino también a otras figuras como el tutor, asesor, coordinadores, etc. que participan del proceso educativo en esta modalidad; así, sería posible realizar un cruce entre el discurso y las prácticas de los actores.
- c) Analizar las relaciones entre la identificación estudiante y las otras que conforman la identidad de los alumnos –articulaciones, contradicciones, rupturas y lugar que ocupa entre ellas-, dado que ésta nunca se construye de manera aislada sino en conjunción con las demás identificaciones. Además, esto evitaría mirar a los estudiantes como seres descontextualizados, pues se reconocería la relación entre su identificación como tales vinculada a la de género, estrato social, etc.
- d) Distinguir los momentos que implican un movimiento ipse e ídem en la identidad de los estudiantes, generados por su interacción como alumno en los espacios virtuales. Esto permitiría ubicar los cambios en su identificación estudiante con



15 al 30 de septiembre de 2015

mayor detalle y establecer la relación con los elementos culturales, los significados y las prácticas sociales que los acompañan.

e) Combinar las narraciones de los alumnos sobre la construcción de su identidad y particularmente de su identificación estudiante –considerando los cambios en espacio y tiempo que la educación en línea implica- con la observación de sus prácticas sociales en el espacio educativo virtual. Desde nuestro punto de vista, explorar exclusivamente las narrativas y no las prácticas limitaría la indagación sobre las formas en que la identidad se construye, pues como señala Restrepo (2010), ésta se va modelando en el discurso pero no sólo es discurso sino que se encarna en prácticas que pueden ser omitidas en la narración pero son posibles de observar.

Consideramos que a partir de estos puntos de partida podemos acercarnos a la manera en que se construye y reconstruye la identidad de los estudiantes de bachillerato que pasan de la educación presencial a la virtual. Es nuestra tarea y de quienes se interesen en investigar sobre ello, profundizar en éstos y explorar otros caminos.

Referencias

- Adell, J. y Sales, A. (s/f). El profesor online: elementos para la definición de un nuevo rol docente. Revista EDUTEC. Recuperado de <http://tecnologiaedu.us.es/edutec/paginas/105.html>
- Aguado, J. y M. Portal. (1992) Identidad, ideología y ritual. México, UAM-I
- _____ (1991) Tiempo, espacio e identidad social. En Alteridades. México, UAM-I
- Borges, F. (2007) El estudiante de entornos virtuales. Una primera aproximación. Digithum. N.º 9. UOC. Recuperado de <http://www.uoc.edu/digithum/9/dt/esp/borges.pdf>
- Borsani, M. Pasado e identidad: la traza rememorativa en la construcción identitaria. En Alcalá, R. y Gómez, M. (2008) Construcción de identidades. México, UNAM FES Acatlán
- Coll, C. y Falsafi, L. (2008). La identidad de aprendiz. Una aproximación sociocultural al análisis de cómo los participantes en entornos virtuales de aprendizaje se reconocen a sí mismos como aprendices. Ponencia presentada en el seminario sobre “Identidad, aprendizaje y enseñanza” organizado por la UAB, la UAM y la UOC/IN3. Castellfelds, Barcelona. 25-26 de junio de 2008. Recuperado de http://www.psyed.edu.es/prodGrintie/conf/CF_UOC_08.pdf
- Constantino, G., Braz da Silva, A. y Ben, V. (2010) El impacto de las representaciones sociales de la enseñanza presencial en la educación



15 al 30 de septiembre de 2015

online: claves para su análisis. Recuperado de www.chubut.edu.ar/descargas/secundaria/congreso/TICEDUCACION/RLE3344_CONSTANTINO.pdf

- Gadotti, M. y colab. (2003) Perspectivas actuales de la educación. Argentina: Siglo XXI.
- Giménez, G. Cultura como identidad y la identidad como cultura. En Castellanos, G., Ignacio, D. y Rodríguez, M. (2010) Identidad, cultura y política: perspectivas actuales, miradas empíricas. México: Universidad del Valle-Porrúa
- _____ (2009a) Materiales para una teoría de las identidades sociales. En Identidades sociales. México: CONACULTA-Instituto Mexiquense de Cultura.
- _____ (2009b) La religión como referente de identidad. En Identidades sociales. México: CONACULTA-Instituto Mexiquense de Cultura.
- ----- Paradigmas de identidad. En Chihu, A. (coord.) (2002) Sociología de la identidad. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Geertz, C. (2003) La interpretación de las culturas. España, Gedisa
- Lèvy, P. (1999) ¿Qué es lo virtual? Buenos Aires, Paidós
- _____ (1997) Cibercultura. Informe al Consejo de Europa. España, Anthropos
- Martínez, B. (2006) Homo digitalis: etnografía de la cibercultura. Bogotá, Universidad de los Andes
- Merejo, A. (2009) “El ciberespacio como entresijo virtual”; en Eikasia. Revista de Filosofía, año IV, 24 extr (abril 2009). Recuperado de <http://www.revistadefilosofia.org>
- Moreno, A. y Suárez, C. (2008) Las comunidades virtuales como nuevas formas de relación social: Elementos para el análisis. Recuperado de <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero43/covirtual.html>
- Peñaloso, E. (2010) La educación a distancia en el México del siglo XXI: avances y retos. En Cortés, D. Tecnologías de la información y medios aplicados a la educación. Perspectivas de análisis e investigación. México: Universidad Pedagógica Nacional
- Restrepo, E. Identidad: apuntes teóricos y metodológicos. En Castellanos, G., Ignacio, D. y Rodríguez, M. (2010) Identidad, cultura y política: perspectivas actuales, miradas empíricas. México: Universidad del Valle-Porrúa
- Ricoeur, P. El sí mismo como otro. España, Siglo XXI
- Rodríguez, J. (2007) Comunidades virtuales, práctica y aprendizaje: elementos para una problemática. Revista Electrónica de la Educación: Educación y Cultura en la Sociedad de la Información. Vol. 8, nº3.



15 al 30 de septiembre de 2015

Universidad de Salamanca Recuperado de
http://www.usal.es/~teoriaeducacion/rev_numero_08_03/n8_03_rodriguez_ilerera> ISSN 1138-9737

- Sánchez, J. (2013) Figuras de la presencia. Cuerpo e identidad en los mundos virtuales. México, Siglo XXI
- Segura, C. (2010) La educación en línea y el proceso de aprendizaje. En Cortés, D. Tecnologías de la información y medios aplicados a la educación. Perspectivas de análisis e investigación. México: Universidad Pedagógica Nacional
- Veytia, M. (2012) Las comunidades virtuales de aprendizaje: una ruta didáctica para la construcción de conocimientos en estudiantes de educación media superior. III Coloquio Nacional de Educación Media Superior a Distancia “Desafíos ante la Obligatoriedad del Bachillerato” Recuperado de <http://www.journals.unam.mx/index.php/rmbd/article/view/43886>

Currículum abreviado

Doctorante en Pedagogía de la UNAM, Maestra en Educación por FLACSO Sede Argentina y Licenciada en Pedagogía por la UNAM.

Certificada como tutora y asesora en línea por la UNAM, Diplomatura en Diseño Didáctico Instruccional por la Universidad Tecnológica Nacional de Argentina.

Experiencia en:

- Asesoría de estudiantes en el Bachillerato a Distancia de la UNAM y la educación continua y a distancia de la Universidad Tecnológica Latinoamericana (UTEL)
- Diseño didáctico instrucción de cursos en línea (UTEL) y presenciales (Universidad Corporativa INTELEGO)
- Diseño curricular de la asignatura Tecnología de nivel secundaria (SEP)
- Docencia en secundaria, bachillerato, licenciatura en Pedagogía y primaria para adultos.

VI Congreso Virtual Iberoamericano de
Calidad en Educación Virtual y a Distancia



EduQ@2015

15 al 30 de septiembre de 2015

